

Economía ecosocial de mercado en lugar de un Estado liberal minimalista

– El debate sobre la ética económica del papa Francisco

A través de su actuar, sus gestos y sus dichos, el papa Francisco hace hincapié en que el compromiso social es parte imprescindible de ser cristiano. El mandamiento del amor al prójimo es central para el cristianismo y no solo tiene importancia para la esfera personal, sino que además posee una dimensión estructural que trasciende hacia el ámbito político. Si bien Benedicto XVI (en 2009 en *Caritas in veritate*, n.º7) también enfatizó el compromiso cristiano del amor al prójimo en la política, llama más la atención y a la vez genera más rechazo y reacciones de defensa el lenguaje del actual Papa, que posee un alto contenido profético-metafórico y logra precisar los problemas de forma conmovedora. Esto es particularmente cierto para su crítica de las tendencias económicas, sobre todo desde que queda en evidencia que su crítica económica no solo va dirigida a fenómenos económicos de Latinoamérica, su región de procedencia, con sus democracias y Estados de derecho deficientes, su extendida corrupción y sus graves diferencias entre pobres y ricos, sino que también se centra en las economías de mercado occidentales.

Los críticos del Papa sostienen de que mantendría un pensamiento premoderno centrado en una sociedad sin crecimiento, en la cual un individuo solo puede ganar algo si otro individuo lo pierde. Semejante sociedad, en la cual los recursos no se incrementan, sugiere exigir que los ricos deban compartir lo suyo con los pobres. El Papa, sostienen, no tendría conocimiento de la transición fundamental hacia una economía de mercado dinámica, en la cual la pobreza no se mitiga mediante el acto de compartir, sino que es estructuralmente eliminada a través del crecimiento. Los críticos del Papa, entre ellos Martin Rhonheimer, sacerdote adherente al Opus Dei (*Herderkorrespondenz*, edición 10 [2016], FAS 19.2.2017), en sus distintos textos se basan principalmente en las ideas del Nobel de Economía Friedrich-August von Hayek (1899-1992).

Al identificar la función de la competencia en la economía de mercado como un proceso de descubrimiento comunitario pero no intencional, el cual es regulado por el mecanismo de precios, Hayek destacó un elemento importante del orden de la economía de mercado. En este contexto Hayek plantea la exigencia de que las mismas reglas del Estado de derecho rijan para todos los competidores. Según Hayek, no es posible someter a una evaluación social retroactiva en el sentido de la «justicia social» al resultado total de los mercados, los cuales son producto de un gran número de tradiciones individuales (que cada una por separadas son justas). Hayek rechaza expresamente este concepto central de la pronunciación social de la Iglesia y critica declaraciones sobre el tema en documentos pontificios. La idea de la «justicia social» se fundamentaría en una moral tribal primitiva de pequeñas agrupaciones y no en una idea adecuada de sociedad que se compone de grandes grupos como la que existe en la actualidad. Para Hayek al término «social» se le pueden ligar contenidos arbitrarios y es especialmente apto para la disputa política, sobre todo desde una visión escéptica de la democracia representativa. Para él, la economía social de mercado dejó de ser una economía de mercado, el Estado social de derecho dejó de ser un Estado de derecho y la democracia social dejó de ser democracia. Hacer uso del concepto «social» en la competencia política llevaría a que la participación estatal del producto interno bruto se incremente paulatinamente y de que en vez de aplicarles reglas generales a los mercados particulares, éstos sean intervenidos con cada vez más regulaciones detalladas (por ejemplo, respecto a los sueldos mínimos y los subsidios). Esta práctica no solo limitaría la libertad individual, sino que también obstaculizaría la dinámica de la competencia y así finalmente perjudicaría a todos, hasta los más pobres.

Para Hayek, el sentido de una distribución salarial desigual para la sociedad está en que los segmentos más acomodados de la población hoy pueden optar por más cosas que las personas pobres, pero una economía en crecimiento con un alto nivel de competencia se caracterizaría por incrementos de sueldo y bajas de precios y así produciría a corto plazo la accesibilidad para amplios segmentos de la población de bienes de consumo que hoy se consideran un lujo (viajes en avión, computadores). Los más pobres, en cambio, serían atendidos por el sistema de seguridad social, según las recomendaciones de Hayek.

Las posturas de Hayek que se esbozan en este texto fueron desarrolladas profundamente en un gran número de conocidos libros, tales como el *Camino de servidumbre* (1944), *Los fundamentos de la libertad* (1960) y *Derecho, legislación y libertad* (tomo III, 1979). Despertaron mucho interés entre los oponentes del sistema socialista en el llamado Bloque del Este, tales como el otrora presidente checo Vaclav Klaus, la primer ministra británica Thatcher y también algunos teólogos anteriormente críticos del mercado (por ejemplo el periodista económico del periódico *FAS* Rainer Hank), personas que posteriormente y producto de una especie de «evangelización» a menudo adoptaron posturas extremadamente liberales.

En el marco del amplio debate de expertos en ética económica sobre la conceptualización de Hayek, las críticas se enfocan en dos puntos centrales. Por un lado, su concepto no tiene consistencia lógica intrínseca, ya que si no es admisible someter los resultados del mercado a una evaluación social desde el punto de vista de la justicia social, entonces en teoría se debería aceptar el hecho de que los agentes no exitosos del mercado mueran de hambre. La apuesta de Hayek por un sistema de asistencia social es un injerto *ad hoc* que no se puede deducir consistentemente ni de forma sistemática de su sistema teórico.

La segunda problemática está en que Hayek subestima sistemáticamente la eficiencia de los mercados respecto a la incidencia de fallos del mercado, ya que los precios a menudo no entregan la información necesaria para los agentes del mercado (por ejemplo, no toman en consideración de manera suficiente los efectos externos) y además los mercados se caracterizan por una gran inestabilidad, tal y como quedó en evidencia durante la crisis financiera.

Otra crítica apunta al hecho de que las economías modernas más exitosas en la competencia global son aquellas que se caracterizan por un alto porcentaje de participación estatal y por prestaciones estatales eficientes (infraestructura, justicia y administración; educación), prestaciones que son financiadas por un impuesto progresivo sobre la renta —del cual Hayek es un decidido oponente— y además cuentan con un seguro social estatal (por ejemplo, Alemania y los países escandinavos). No solo la falta de un Estado de derecho obstaculiza de forma significativa la eficiencia de una economía, sino que también lo hace un Estado con prestaciones insuficientes, cuya entrega de infraestructura, educación y seguridad social es deficiente. Este hecho es reconocido paulatinamente por el Banco Mundial, el FMI, la OCDE y el Foro Mundial Económico de Davos.

Por consiguiente, una economía ecosocial de mercado no es solamente una necesidad que se da desde la ética social, sino que también es más eficiente desde el punto de vista económico. Esto hace que los partidarios de Hayek se enfrentan al siguiente dilema: Si quieren seguir su metodología, según la cual las instituciones más eficientes saldrán ganadores en la competencia, es necesario renunciar a muchas de sus recomendaciones concretas político-económicas de un Estado minimalista y comprometerse con la economía social de mercado. No es posible seguir su metodología y al mismo tiempo aferrarse a las ideas concretas de Hayek respecto a la política económica y social.

El papa Francisco es un defensor decidido de la economía ecosocial de mercado. En su discurso con motivo del Premio Carlomagno hizo mención expresa de la economía social de mercado. Pese a que críticos superficiales del Papa le reprochan su «crítica al capitalismo», a contrario de varios de sus antecesores como Juan Pablo II ni siquiera hace uso de este término.

Si bien es cierto que critica la economía de las naciones industrializadas de Occidente, lo hace por la razón de que muchas de ellas dejaron de ser economías sociales de mercado y aún no son economías ecológicas de mercado. Esto es cierto para las problemáticas de la distribución, por ejemplo, que la desigualdad entre los sueldos de los gerentes y los sueldos promedio del personal de planta siguen incrementándose. Respecto a las relaciones laborales a largo plazo de trabajadores industriales alemanes con diversas empresas líderes en el mundo también es importante que sus empleados puedan identificarse con el desempeño empresarial y —en el caso de los trabajadores especializados, por ejemplo— formen sus ideas propias de manera autónoma. Aún así es importante que no se agrande demasiado ni la brecha social ni la brecha salarial entre

los trabajadores especializados normales, los empleados y el personal directivo.

El Papa también advierte sobre el proceso de autonomía fracasado de los mercados financieros, los cuales en vez de estar al servicio de la economía real la pueden desestabilizar, tal y como ocurrió por ejemplo durante la crisis financiera. Además, el Papa critica que no es la política la que le dicta a la economía un marco reglamentario con legitimación democrática —tal y como lo prevé el concepto tradicional de la economía social de mercado— sino que son sobre todo los grandes consorcios transnacionales los que evaden la legislación nacional o, a través del lobbismo, logran manipularla para su beneficio. En este contexto basta mencionar el ejemplo de la libertad tributaria *de facto* de algunas multinacionales con grandes utilidades.

De cara a la amenaza del cambio climático, de la pérdida de biodiversidad, de la erosión de los suelos, de la contaminación del aire, etc., queda en evidencia absoluta que no basta con dotar a la economía de mercado de un toque ecológico. Esto lo enfatizó el Papa de forma tajante en su encíclica *Laudato Si*. Tengamos entonces presentes de que los teólogos que citan a Hayek en sus críticas al Papa se diferencian de los principales representantes de la doctrina social de la Iglesia en el territorio alemán en el sentido de que —a contrario de los representantes antiguos y actuales de la doctrina social de la Iglesia— no se han esmerado en estudiar una carrera económica en la tradición de Joseph Höffner y tampoco han estudiado detenidamente la teoría y la empiria de la economía, sino que se refieren a una posición marginal extremista.

Joachim Wiemeyer es catedrático de Doctrina social cristiana en la Universidad Ruhr de Bochum